

## *EL LEGADO ARQUITECTÓNICO DE FRANCISCO ALBALAT EN CAUDETE*

A veces es una suerte ser arquitectos...aunque no sean tiempos propicios para esta afirmación. Viene esto a cuento de la visita que realizamos hace unos días varios miembros de la junta directiva de la demarcación, previa invitación expresa, a una singular construcción ubicada en las cercanías de la población de Caudete.

Nos referimos a una edificación que, junto a otras anejas, constituyen lo que, sobre altanera puerta, reza en letras de metal forjado: “VILLA Y FINCA EL PASO”.

No es necesario violentar tan altivo acceso, pues la tapia que cierra el recinto ha sucumbido al paso del tiempo, y ese es el mayor enemigo de este lugar.

La finca la forman los, en otro momento, vastos terrenos de cultivo aledaños, ahora venidos a menos. La villa, también desgraciadamente venida a menos, podemos identificarla con el conjunto de construcciones que se suceden ordenadamente en el interior del cercado, algunas completamente derruidas, como la bodega, y el resto en distinto grado de deterioro, las caballerizas y otras edificaciones, como la antigua vivienda de los propietarios.

Conviene presentar al propietario y artífice de este lugar: don Francisco Albalat Navajas, personaje caudetano nacido en 1844, que dejó huella en esta población en clave arquitectónica. Fue este “Don Paco”, como le conocieron sus vecinos, hombre de azarosa vida y recio carácter.

Militar de carrera, guardia civil, carlista convencido y ejerciente que, fiel a su rey, –del que fue secretario personal, por lo que le concede el título nobiliario de conde de San Carlos–, tuvo que exiliarse a Francia donde conoce y casa con una francesa adinerada. Cuando, tras treinta años, a principios del siglo XX puede retornar a España, vuelve al lugar que le vio nacer y con los ingresos que le reportaron su habilidad financiera y, sobre todo, la herencia de su esposa, acomete una empresa que quiso ser más ambiciosa pero que, aun así, es digna de reseñar por la impronta que deja en el paisaje urbano de Caudete.

Seguramente, esa reciedumbre de carácter, y algunas cosas más, sean necesarias para embarcarse en esa empresa que llevó a cabo en su pueblo. Promovió, movido por las ideas imperantes de justicia social de la nueva corriente católica finisecular, una actuación urbana en el norte de la población de Caudete en torno a una amplia avenida en la que desarrolló un barrio de viviendas para obreros, de las que se llegaron a construir cuarenta y cinco de las sesenta y seis previstas (el barrio de san Francisco de Asís), y en el que ubica una capilla, de ecléctica arquitectura, que iba a pertenecer a un asilo para niños huérfanos que no se construyó (hoy parroquia de san Francisco) y que servirá de panteón para él y su mujer. Como colofón, levantaría al final del conjunto urbano la plaza de toros, ahora de propiedad municipal, de factura neo-mudéjar. Todo ello se realiza entre 1905 y 1910. En este tiempo compra la finca El Paso y acomete la construcción del conjunto de edificaciones objeto de nuestra visita, que culminaría en 1915.

Es el momento de volver adonde empezamos. Un vistazo en torno a la decadente edificación principal, con la rotunda volumetría de las grandes casonas pero sin alardes arquitectónicos exteriores, los suficientes para distinguirse entre sus colindantes, nos hace

## EL LEGADO ARQUITECTÓNICO DE FRANCISCO ALBALAT EN CAUDETE

presagiar que encierra, como suele ser habitual en estos casos, pequeños tesoros interiores siempre sorprendentes. Franqueada la puerta de la entrada de servicio, como a traición, accedemos al corazón del edificio, un patio cubierto por un lucernario, rodeado de esbeltas columnas de fundición que sostienen una impactante arquería policromada de estilo neo-árabe, con una fuente en el centro, que nos hace ensoñar que estamos en un riad marroquí. Bajo el lucernario se dispone una vidriera emplomada que, como las ubicadas en muchas de las ventanas, impresionan por su ejecución y variados motivos, todas salidas de los talleres de un reconocido fabricante francés de la época, la mayoría diseñadas a propósito para este lugar; como muestra de su fuerte personalidad, en unas se representa al mismo propietario ataviado al modo árabe, en otra a su esposa, en otra a su rey, en otras, los santos de su devoción, si no lo son también los personajes anteriores. El resto de detalles de la construcción, suelos de baldosas hidráulicas de atractivos dibujos, arrimaderos o zócalos de bella cerámica, techos pintados con escayolas molduradas, chimeneas de mármoles variados en todas las dependencias, cada una con una composición diferente, una capilla con sus paramentos cubiertos por mosaicos, todo ello, nos indica los gustos y las pasiones de su propietario y hacedor; no en vano, fue él mismo, de la mano de un maestro de obras, sin mediar arquitecto, el artífice de esta construcción, así como, y esto llama más la atención, de toda la actuación urbana descrita anteriormente.

Debió ser esta villa rústica un conjunto esplendoroso en su tiempo, bien ordenado para el uso y la función para la que se levantó, y para gozo de su propietario que no pudo prácticamente disfrutarlo, pues murió al año siguiente de culminarlo. Durante un tiempo siguió vinculado a su segunda esposa, una caudetana treinta años más joven. Con ninguna de sus esposas Francisco Albalat tuvo descendencia, por lo que termina en manos de otra familia que lo habitó hasta que sus descendientes dejaron la población. Hoy es solo una sombra de lo que fue, cuando sus amplios jardines, –en los que nos sorprende encontrar una réplica de la cueva de Lourdes–, florecían para mayor lucimiento del lugar.

Valga esta reseña del legado arquitectónico de Francisco Albalat en su Caudete natal, que fue objeto de nuestra visita y de unas conferencias celebradas en fecha reciente, –impartidas por estudiosos de su figura y arquitectos analistas de su obra–, a las que también asistimos, para reivindicar el estudio y difusión de nuestro patrimonio arquitectónico provincial, sobre todo el más desconocido, y también el más escondido.

La arquitectura solo prevalece si se habita o utiliza, que es cuando adquiere pleno sentido. En la finca El Paso dejó hace tiempo de ser así, y como recordaba al principio, en estos casos el tiempo es un factor implacable que hace sucumbir las obras más sólidas. Lástima que los actuales propietarios no encuentren razones, y dinero, para rehabilitar sus construcciones. Malos tiempos para que las administraciones se impliquen en estas tareas. Ojalá que apareciera una iniciativa particular, o mixta, que se planteara la posibilidad de reutilizar las instalaciones, y un día, no muy lejano, viéramos recuperado para Caudete y para los que lo visitaran, aquello que un día hizo posible Francisco Albalat, sea como un alojamiento turístico, una granja-escuela o cualquier otra digna utilización y, así, no tengamos que pasar de hablar del patrimonio desconocido a hablar del patrimonio perdido. Entre tanto, *tempus fugit*.